



# El arte de incluir

El año 2005, cuando Andrés Barros y Soledad Donoso quisieron que su hijo mayor entrara a un colegio, sabían que no sería un asunto fácil. Martín tiene disfasia, un trastorno del desarrollo. Pero, a diferencia de los niños con casos graves del mismo problema, puede comunicarse con los demás y es muy cariñoso. Por eso, sus papás tenían la esperanza de que entrara a un establecimiento tradicional. Pero les fue mal. Postularon a 25, y nada. Ninguna puerta se abrió.

Abrumado, su padre escribió una carta que fue publicada en un diario, donde contaba sobre la impotencia y frustración que había sentido. En ella, llamaba a la sociedad a hacerse cargo de los niños con problemas en el aprendizaje. Al año siguiente, Martín entró al colegio Apoquindo, en Lo Barnechea. A sus 9 años, ya está en segundo básico.

El mensaje de esta carta tuvo gran eco. Llegaron muchísimas misivas en su apoyo y la prensa nacional presentó una veintena de reportajes sobre la situación de estos niños. Animado por esto, Andrés Barros decidió crear la Fundación Mírame, cuya misión es generar conciencia de la necesidad de incluir pequeños con trastornos del desarrollo en el sistema educacional chileno y, de paso, enriquecer a sus pares, al enfrentarlos a la diversidad.

La fundación no trabaja directamente con niños, sino que se centra en los adultos: capacita profesores, gestiona charlas y seminarios, organiza encuentros de padres y les brinda apoyo psicológico. Y cada día hay más interesados.

Como el financiamiento es un tema importante, todos los años se hace algún evento para recaudar fondos. Al saber esto, las gestoras culturales Isabel Parot y Soledad



CRISTÓBAL Y FRANCISCA



VALENTINA Y PATRICIA

¿Qué pasa cuando un experto se pone a pintar junto a un niño que sufre de algún trastorno en su desarrollo? La Fundación Mírame, que fomenta la inclusión de niños con necesidades especiales en el sistema educativo nacional, invitó a 20 artistas visuales a vivir esta experiencia. Lo experimentado por estas tres duplas de trabajo quedó en estos testimonios.

Por: SOFÍA BEUCHAT Fotos: ALEJANDRA GONZÁLEZ Y NICOLÁS ABALO

Álvarez conversaron con Barros, actual presidente de la fundación, sobre la idea de hacer algún proyecto en conjunto durante el 2009. Decidieron invitar a 20 destacados artistas nacionales a crear una obra plástica junto a niños vinculados con la organización.

El encargo tenía dos pies forzados: trabajar con los niños sobre una tela de 50 x 50 centímetros (así, se pueden uniformar las diferentes propuestas creativas) y hacer una obra personal de formato libre, utilizando pigmentos de lapislázuli que se producen industrialmente sólo en Chile. Fueron donados por la empresa Lapis Pigment, con la que una de las gestoras había realizado antes proyectos culturales. Las obras estarán a la venta, junto a un trabajo personal de cada creador, en la muestra Inclusión en el Arte: Mírame Azul, que puede verse entre el 28 de agosto y el

6 de septiembre en Espacio Expositivo Edificio Corpgroup (Rosario Norte 660, Las Condes).

La mayoría de los niños pasó sólo una mañana en el taller de cada artista, y en ese tiempo se gestó una obra y también un vínculo. Algunos fueron antes del proceso a conocer a los creadores, para bajar la ansiedad que el trabajo en conjunto les podía provocar. En ambos casos, la experiencia fue inolvidable tanto para los pequeños y sus padres, como para los profesionales que, sin excepción, confesaron haber aprendido muchísimo. La experiencia de tres de estas duplas de trabajo fue más que enriquecedora.

### Martín y Cata

"Yo soy la guitarra, el Espíritu Santo toca el instrumento", dice Catalina Abbott para explicar por qué conocer a



**TRAS ESTA EXPERIENCIA**, la artista Catalina Abbott (arriba, con Martín Barros) decidió dedicarse a la arteterapia. Patricia Claro (abajo, con Valentina Soto) agradeció la frescura que la niña aportó a su trabajo, muy intelectual.

Martín Barros (9) fue un regalo del cielo que cambió para siempre la manera de trabajar de esta artista, formada en el Instituto de Arte Contemporáneo y que se ha destacado por la iconografía lúdica de sus pinturas, esculturas y grabados.

Cuando Martín llegó al taller de Catalina, ella puso unos papeles en el piso, pero él pintó todo el suelo, como si le faltara espacio para expandir su interior. Dibujó una nube, pero no le gustó y la borró. Sobre ella, pintó una oveja. La artista intervino poco, para respetar su pureza. "A nadie le presto mis materiales ni le dejo hacer lo que él hizo, pero su alma me conquistó. Es un regalón. Para mí Martín es perfecto, porque Dios lo hizo así. Creo que se sintió aceptado por mí, porque logré que me mirara fijo. Además, es un artista innato. Si yo pintara como él, sería Picasso, pero nunca voy a tener esa libertad para trabajar", dice Catalina.

Soledad Donoso, la mamá de Martín, acompañó a su hijo al taller. Pero no tuvo que hacer nada, porque él y la artista encajaron bien desde el primer momento. "Martín se concentró harto para entender las órdenes de la Cata, algo que normalmente le cuesta mucho por su disfasia", cuenta esta mujer que se dedica a la restauración de arte. "Se complementaron bien, porque ella hace una pintura muy gestual. Además, mostró una disponibilidad que me sorprendió".

Catalina había participado antes en varios proyectos en los que el arte se puso al servicio de una causa: hizo una exposición contra el aborto y trabajó con niños adoptados. Pero Martín provocó un cambio tan profundo en ella, que ahora se dedica al arteterapia junto al siquiatra Francisco Bustamante, académico de la Universidad de Los Andes.

¿Y qué es esto de la arteterapia? "Pintar libera endorfinas; es una actividad terapéutica que te hace feliz. El intelecto se mete al final, porque el dibujo y el color expresan lo que no se verbaliza. Por ejemplo, si alguien dibuja un animal con dientes enormes, hay que preguntarse: ¿se sentirá mordido? ¿O será que quiere morder?", explica Catalina. Y dan ganas de pedirle hora.

## Valentina y Patricia

A Valentina Soto (10) le cuesta focalizar la mirada y relacionarse socialmente. Tiene un déficit atencional visual que le causa problemas para procesar información y, además, no regula bien los movimientos voluntarios. Lo que ella tiene se llama dispraxia y no es nada fácil de llevar para su mamá, la psicóloga Cristina Carrasco. "A diferencia de otros trastornos, no se sabe cuál es el techo. Eso es positivo, porque te estimula y te hace querer ayudarla a mejorar, pero al mismo tiempo te angustia, porque a veces ella se estanca, retrocede. Uno sufre mucho como mamá".

Patricia Claro fue la artista escogida por las gestoras para trabajar con Valentina. Ella es diseñadora, pero se lanzó al mundo del arte en el año 2008, con una exitosa exposición individual en la galería Animal. Patricia hace un trabajo muy elaborado: descompone técnicamente la luz que se refleja en el agua para crear sofisticadas pinturas en las que se



**PARA CRISTÓBAL BILLIARD**, lo más entretenido de esta experiencia fue aprender que con hilo y aguja también se puede crear un trabajo plástico.



Con este proyecto, la Fundación Mírame no sólo recaudará fondos: también dió a los niños un espacio de participación en la sociedad y permitió que los artistas pudieran aprender de la espontaneidad con que los pequeños enfrentaron el proceso artístico.

evidencia una dualidad entre el fondo y la superficie.

Al enterarse de los trastornos de Valentina, Patricia pensó que no debía ponerse a improvisar con ella en su taller; la niña podría ponerse muy ansiosa. Además, es algo que ella tampoco hace cuando pinta: su trabajo tiene una fase previa muy intelectual. Entonces, tuvo una idea: le pidió a Cristina que le enviara algunos dibujos hechos por su hija, para después trabajar con ellos sobre una tela previamente preparada con capas muy gruesas de pintura. En este caso, azul.

Así, cuando la niña llegó al estudio de la artista, se sintió como en su casa. Ya había algo de ella ahí: sus creaciones. La experiencia de unir el dibujo de una con el fondo azul preparado por la otra, fue hermosa. "Esto me refrescó mucho", dice Patricia. Y Cristina, feliz con lo vivido por su hija, agrega: "Esto me ayudó a decirle: tú puedes, tienes tus talentos. Yo y su papá se lo decimos siempre, pero es importante para ella que el respaldo venga de más lejos. Sobre todo, me importa que no destaque por que tiene "algo especial", sino por lo que es capaz de hacer. En su colegio, el Pucalán Montessori de Colina, están felices; ella también, porque sabe que va a hacer una exposición y que todo su curso está invitado. Ya tiene hasta la tenida escogida".

### Cristóbal y Francisca

Tiene Síndrome de Down, casi no puede hablar y sólo tiene 12 años, pero Cristóbal Billiard ya sabe lo que es pintar para exponer y vender. El año pasado, gracias a una iniciativa de su colegio (el Ego Sum, un establecimiento diferencial de Concepción), montó una muestra individual de dibujos

en un café de su ciudad y se los compraron todos. Por eso, su mamá, la profesora de historia Melba Orellana, sonrió de oreja a oreja cuando supo de la iniciativa de la Fundación Mírame. "Como Cristóbal no tiene lenguaje, lo expresa todo en la pintura", explica orgullosa. "La tía Caty, una de sus profesoras en el colegio, se dio cuenta de su talento y le pasó lápices desde que era chiquito. Pintar es muy enriquecedor para él, porque se vuela, se expresa. Le gusta tanto, que se deja guiar, les hace caso a los profesores. Conmigo es más porfiado".

Cristóbal viajó a Santiago para pintar en el taller de Francisca Montero, una arquitecta que pasó por el estudio del connotado artista Eugenio Dittborn y que se dedica a la plástica en forma exclusiva desde hace dos años. Ahí, Cristóbal descubrió que el arte no se trata sólo de pinceles y pinturas: Francisca trabaja también con telas, hilos y agujas y, por eso, invitó a su pupilo a crear con estos materiales tomados del mundo de la costura. Además, ambos trabajaron con recortes de dibujos hechos por él, superponiéndolos y pegándolos con cola fría.

"Lo dejaba tranquilo cuando lo notaba entusiasmado y apenas se aburría, le mostraba otras cosas", cuenta Francisca. "Él se sorprendió mucho y disfrutó al abrirse a nuevas posibilidades mientras dibujaba su elefante".

La arquitecta nunca había trabajado con niños y le encantó. "Es maravilloso ver la sorpresa con que se sitúan frente a lo nuevo. Tienen más arrojo, más valentía, menos frenos ante lo que pareciera no ser correcto. Son libres y sueltos. Hay que aprender de ellos", concluye. ♦